

CAPÍTULO VII

El territorio de Barbacoa. — Izcuané y las costas del Chocó. — Su comercio. — Los cargueros. — Visita hecha por el obispo de Pasto en estos lugares. — Escenas curiosas. — Abnegacion de algunos sacerdotes. — Los indígenas. — Diferencia sustancial que existe entre la civilizacion introducida en América por ingleses y españoles.

Existen todavía en el continente americano vastos territorios donde el hombre no ha estampado su huella, y donde ni su industria ni su poder han dejado vestigios que acrediten esfuerzos hechos por arrancar los tesoros que ocultan en su seno. Cubiertos de selvas espesísimas, para visitarlos seria necesario abrirse una senda derribando árboles robustos y de enorme elevacion que jamas fueron tocados por la mano del hombre, ni cobijaron bajo sus frondosas ramas otros seres vivientes que los toches, los papagayos y los micos. Un enemigo formidáble se presenta en estas selvas para disputar el paso al hombre atrevido, cuando con los golpes de su hacha hace caer los árboles y se abre camino para ensanchar su dominio conquistando con el sudor de su frente nuevos territorios. Este

enemigo son las bestias feroces, son los tigres, los osos, y el boa constrictor de enorme corpulencia, que se multiplican en aquellos lugares sin que nadie los inquiete. A veces, á la orilla de esas selvas se encuentra una senda que apénas puede atravesar un hombre á pié, y que, despues de continuar largas distancias, suele conducir á pueblos y aun á provincias enteras que fundaron los conquistadores aislados de los otros, para recoger los tesoros que en aquellos lugares divisaban á montones. Pantanos profundos, barrancos espantosos y fragosidades infinitas interrumpen continuamente esas veredas y las inutilizan para toda otra persona que no sean los negros que las trafican haciendo el oficio de las bestias.

Uno de estos territorios es el que comprende las provincias de Barbacoa, Izcuané y Chocó. Las ricas minas de oro que allí se encuentran excitaron la codicia de los conquistadores que, lanzándose por el mar Pacífico, fundaron la ciudad de Barbacoa y los pueblos de San José, Tumaco y otros mas ó ménos importantes en medio de las selvas y sobre los pantanosos bordes de los rios. Verdad es que estas ciudades antiquísimas, colocadas en territorios insalubres, no han progresado ni en poblacion ni en algun otro de los elementos que constituyen la grandeza de los pueblos y hacen prósperos y felices á sus habitantes; pero tambien lo es que, abandonadas á sus propios arbitrios, no han podido desarrollar todavía los infinitos con que cuentan para ser algun dia grandes y venturosas. El comercio, uno de los medios de riqueza que se ofrecen á los pueblos, no puede en aquellos hacerse sino en muy corta escala por falta de caminos.

Hemos indicado que los racionales hacen allí el oficio de las bestias, y, en efecto, esto es lo que sucede. De Tuerres, de Pasto, de Popayan y de otros puntos del Ecuador y de la Nueva Granada parten continuamente tropas de hombres que llevan sobre sus espaldas los artículos esenciales de consumo para aquellas poblaciones. El nombre que el pueblo les da es el de « cargueros, » y cada comerciante contrata el número de los que necesita para trasportar sus efectos por medio de capataces, ni mas ni ménos como se contratan las mulas ó los asnos en otros lugares. El peso que soporta cada uno no baja de cuatro arrobas y con él marcha sobre sus espaldas ocho ó quince dias, ó mas tiempo si fuese necesario. No llevan estos infelices ordinariamente otra provision de boca que algunos plátanos asados y un poco de cacao, ni mas equipaje que la ropa indispensable para cubrirse y un baston en que se apoyan en los pasos difíciles y que les sirve de arma para defenderse de las víboras y de otros reptiles ponzoñosos que abundan en aquella tierra. Yo no podré explicar los sentimientos de compasion y desagrado que me causaba ver desfilar en los caminos públicos las tropas de cargueros que viajaban hácia Barbacoa y otros lugares; me parecia ver al hombre soportando todo el peso de la maldicion de Dios que al arrojarle del paraíso airado le decia : « comerás el pan con el sudor de tu rostro. » En la cordillera de « Huanacas » encontré un número muy considerable de estos infelices y tuve con su capataz ó mayoral la siguiente conversacion, que manifiesta en gran parte la suerte desgraciada que soportan aquellos. ¿De dónde vienen Vds.? — Del Socorro. —

¿Llevan cacao? — Sí, y vamos á venderlo á Popayan. — Cuántos dias emplearán Vds. en el viaje? — Veinte dias, porque los caminos son malos. — ¿Cuánto gana cada hombre de estos que Vd. lleva? — Tres pesos por el viaje, pero la manutencion corre de su cuenta. — ¿No seria mejor para Vd. buscar mulas á flete en vez de hombres? — Se equivoca Vd.; son estos mejores que las mulas, porque ellos buscan su alimento y su flete cuesta ménos; pero sobre todo los caminos no permiten tráfico de bestias en muchas ocasiones y es necesario emplear cargueros. Estos están acostumbrados á la fatiga desde muchachos y no extrañan nada de lo que á Vd. le asusta. — Pero me parece inhumano el trato que reciben estos hombres; no comen, ni duermen con algun género de conveniencia ni aun mediana; su vida es como la de los irracionales. Ya que como Vd. dice no puede por ahora variarse este tráfico, porque las circunstancias de los caminos no lo permiten, debieran sus patrones proporcionarles la comida necesaria para que conserven sus fuerzas y no perezcan un dia agobiados por la fatiga. Porque, verdaderamente, un viaje de quince ó veinte dias por tres pesos es mal recompensado y la justicia exige mejor paga. — Esos principios son revolucionarios, y si estos hombres oyen á Vd. nos incomodarán reclamando mayor sueldo. Con tres pesos tienen bastante estos peones; eso es lo que han ganado desde el tiempo de los españoles y no hay motivo para andar cambiando las cosas. »

Un obispo que á otros muchos rasgos de celo evangélico juntó la visita pastoral hecha en poblaciones donde

parecía imposible que pudiera penetrar ninguno de su carácter, atendida la edad y los achaques á que viven sometidos ordinariamente los sacerdotes cuando llegan á ser promovidos al episcopado, practicaba el año de 1853 la visita del territorio de Barbacoa haciéndose superior á los obstáculos que oponían á su empresa los hombres y la naturaleza. Era necesario atravesar las selvas y á veces á pié ó sobre los hombros de los negros, otras marchar ocho dias desafiando los peligros que ofrecen ya los reptiles venenosos, ya los rios, ya los pantanos profundos y ya el clima malsano. Mas al fin pudo llenar su deseo, y los fieles, objeto de su ardiente celo, pudieron tambien recibir la bendicion de su pastor con los abundantes consuelos de la religion que les llevó (1).

Difícil es describir el entusiasmo que produjo en aquellos pueblos la presencia de su obispo á quien jamas habian tenido ocasion de ver. La mayoría de la poblacion se compone allí de negros, y estos corrian á la ribera del rio y se arrojaban á la corriente para acompañar nadando la canoa que llevaba al prelado. Miétras tanto las mujeres y los niños seguian por la ribera con ramos en sus manos y con canastos de flores que arrojaban por donde pasaban los sacerdotes, cuando estos saltaron á tierra. Todos los habitantes de los lugares vecinos de Barbacoa habian concurrido á recibir al obispo, y todos habian tambien adornado sus canoás con ramos, flores y banderas, de tal modo que el conjunto formaba un panorama hermoso y animado. Entre hombres que

(1) Nota n.º 1 (a).

no están acostumbrados á tratar ni considerar los objetos que la religion respeta, estos movimientos espontáneos representan al vivo los sentimientos de la fe que impera sobre su alma y dirige las determinaciones de su voluntad. El obispo no solamente visitó la ciudad de Barbacoa sino que recorrió tambien los otros pueblos de la provincia tolerando trabajos y privaciones sin cuento.

Los bosques espesísimos que cubren las provincias de Barbacoa, Chocó é Izcuané, y los profundos pantanos sobre los que se han edificado las ciudades y viven sus habitantes, producen en todos aquellos lugares fiebres pútridas, tercianas y otras enfermedades. Mas los negros y los mulatos poseen una complexion robusta y que resiste fácilmente al clima ardiente, húmedo y malsano y soporta sin gran pena el duro trabajo de las minas. Admiracion causa encontrar en aquellos lugares mil individuos que, exponiendo su vida, arrancan el oro de las entrañas de la tierra, mil otros que con el agua hasta la cintura lo buscan en los lavaderos y mil mas que se agitan y fatigan corriendo tras de los mineros á fin de comprarles el fruto de su trabajo, dándoles en pago un poco de licor que contribuye á enfermarlos, ó algunos efectos por un valor tan subido, que equivale á recibir por vil precio el metal mas rico y noble de cuantos produce la tierra. Pero todos esos, ó atienden á su interes, ó viven sobre la tierra que les vió nacer y donde tienen sus afecciones y sus simpatías, y si alguno hay que hace sacrificios permaneciendo allí, este reporta utilidad á su fortuna. Tal consideracion me hacia conocer la abnegacion y las otras virtudes que

encierra la conducta de un párroco que á las fatigas de su ministerio desempeñado con celo, junta las de la educacion de niños en que emplea todas las horas que aquel le deja desocupadas; y esto encontré en el de Barbacoa que ponía la aritmética, la gramática latina y los elementos de la filosofía al alcance de los niños con que habia formado un pequeño seminario. Como en aquellos lugares no existe clero y los que desempeñan el ministerio parroquial son nacidos en otras provincias de la república, ordinariamente sucede que viven poco cuando se dedican á desempeñar con celo las funciones sacerdotales. El sol, la humedad y los viajes precipitados á distancias enormes les hacen contraer fiebres que les traen la muerte ó al ménos enfermedades de por vida. Pero esto no impide que las parroquias tengan sacerdotes, ni que estos llenen los ministerios de su cargo. Cuando la Sociedad Bíblica reunió no hace mucho tiempo un buen número de ministros anglicanos para auxiliar sus misiones de la India y con un costo exorbitante los mandó á Calcuta, desde donde debían ser distribuidos en los puntos adonde se les destinaba « como elemento contra la revolucion, » ni uno hubo que quisiese marchar á los países febriles, ni exponer su vida por salvar la de sus prójimos. Lo contrario sucede en el catolicismo; los sacerdotes que asisten á los cristianos de Barbacoa en climas perversos y soportando infinitas privaciones, los que en Izcuanbé y Chocó sirven con pasmosa abnegacion las vastas parroquias encomendadas á su cuidado, no hacen mas que repetir en Nueva Granada lo que ven la Guyana

y el Brasil, Chiapas y las Californias. ¡Cuán distantes están los disidentes del espíritu que inspira la religion de Jesucristo!

Aunque la raza indígena se ha mezclado en gran parte con la que llevó á la América la conquista europea, existen, sin embargo, en todas las repúblicas hispano-americanas, no solo territorios inmensos habitados exclusivamente por indígenas, sino tambien en las provincias civilizadas pueblos cristianos formados de indios que viven sometidos á las leyes y se ocupan del comercio y de la agricultura como todos los demas ciudadanos. Es esta una diferencia sustancial que existe entre la civilizacion planteada en América por los ingleses en el Norte y por los españoles en el Mediodía y en el Sur. Aquellos no convirtieron ni redujeron á los desgraciados naturales; los fueron arrojando al interior de las selvas á medida que tenían necesidad de nuevos territorios, porque aumentaba la poblacion europea; pero no pensaron en fundar ciudades con los indígenas ni colocaron á estos en situacion de poder ser útiles á su amada patria. Los hicieron servir en sus faenas mas pesadas, y á medida que morían procuraban llenar su vacío con otros nuevos que ocupaban su puesto y que el conquistador habia cazado en las selvas, de la misma manera que á los tigres y á los osos. Así es que la poblacion que vemos en los Estados Unidos del Norte es traída de Europa á la América y colocada con sus costumbres, con su idioma, con sus tendencias y sus hábitos en un vasto y hermoso territorio que se engrandece cada día con los nuevos ciudadanos que recibe de todas

las naciones y razas de la tierra. Preguntad miétras tanto, ¿dónde están los indígenas? ¿qué se hicieron los famosos iroqueses, los cabezas plateadas y los ili-noeses y los chactas? y os responderán que todos estos emigraron huyendo de los que los trataban como á bestias; que nada aprovecharon de esa civilizacion cuyos bienes les ponderaban y que para ellos era equivalente á la renuncia de su libertad, de su propiedad, de sus costumbres y de su familia; que huyeron á los bosques y treparon á las montañas mas escarpadas para conservar su existencia y proteger la de sus hijos entre las rocas y los precipicios, y, en fin, que despues de arrebatárles su patria, su fortuna y sus esperanzas, ningun bien de otra naturaleza les dieron para compensarles de aquellas pérdidas enormes. ¡Qué diferente á esta fué la conducta que observaron los conquistadores católicos!



CAPÍTULO VIII

La montaña de Pasto. — Paso del rio Juanambú. — Montaña de Berrueco. — Tres cruces que indican el sitio de un horrible asesinato. — Solicitud de los vecinos del pueblo de Mercaderes. — El valle de Patia. — Impresiones. — La fiebre. — Nacimiento del rio Barbacoa en el pueblo de Patia. — Conversacion con un veterano. — Ideas sobre la igualdad. — Peticion de los vecinos de « Los Arboles. »

Los que continuamente declaman contra el despotismo de los magistrados que velan con rigor inexorable por la observancia de las leyes, quisieran ver entronizada la licencia y triunfantes los vicios que la acompañan en todas partes. Segun su juicio, no son aquellas sino « trabas puestas á la libertad del hombre por la tiranía de los que gobiernan, » ni los delitos que reprimen otra cosa que « nobles esfuerzos del individuo para emanciparse del peso de sus cadenas. » Cuando saliendo de Pasto recordaba estas palabras que leí en un diario de la Nueva Granada y recordaba al mismo tiempo los excesos cometidos en el recinto de esa ciudad por un pueblo sencillo, pero conmovido por los que profesan aquellas doctrinas antisociales, percibia vivamente los efectos que producen en los hombres que las invocan. En América no necesitan